

por el pico de un buitre—replicó sentenciosamente Laho,—no creeré que ha muerto. ¡Ese hombre tiene siete vidas como los gatos!

—No hemos visto su cadáver; pero todo hace creer que no podía sustraerse á su suerte—afirmó Cruz.

—La espada de Lagardère no estaba allí para marcarle con la estocada de Nevers —añadió Aurora.

—No estaba lejos, porque allá se dirigía para salvaros.

—Si Peyrolles no ha muerto, mi querida Flor, pudiera ser que no estuviésemos aún en salvo.

Antonio comprendió que había sido imprudente llevando la inquietud al ánimo de las doncellas, las cuales habían caído una en brazos de la otra, y para devolverles la tranquilidad y alentarlas exclamó:

--¡Bah! Si se ha salvado del derrumbamiento, es casi seguro que tropezaría con Lagardère, quien le habrá puesto en situación de que no pueda perjudicaros más. Sin embargo, si le halláramos en el camino, con mi puñal sabría hacerle á un lado para tener paso franco. ¡No temáis!

Y con esto se despidió de las doncellas, dejándolas entregadas á sus oraciones nocturnas.



IV

Á navajazo limpio.

Un hombre con la oreja pegada al delgado tabique de la habitación ocupada por las dos damas había podido oír la conversación, y sus labios dibujaban una sonrisa insolente, casi satánica.

No; las jóvenes no habían visto el cadáver del factótum de Gonzaga, pues el hombre que estaba allí en el vecino aposento era Peyrolles. Al alejarse de las ruinas que debieron servirle de tumba reflexionó el honrado mayordomo que no tenía para qué ir á Madrid y que le convenía dirigirse á la frontera, en la cual suponía peleando á su amo y con la espada tinta en sangre francesa. Suponía que la fuga se había realizado de acuerdo con Lagardère, y así se explicaba su presencia al lado de Mariquita

en las ruinas; y como no se consideraba capaz de luchar él solo con el caballero, sin preocuparse de las doncellas y ávido de encontrar al Príncipe, no por adhesión, sino por descargarse de toda responsabilidad, se dirigió directamente á Burgos.

No podía encontrar allí á Gonzaga, porque éste, poco deseoso de luchar con Lagardère sin tener á su lado más que al Barón y á Lavallade, se volvió á matacaballo á Madrid, creyendo encontrar allí á sus *enrodados*, cuya prolongada ausencia no se explicaba. La casualidad parece estar siempre al servicio de los pillos, y Peyrolles, que era de los mayores bribones del mundo, podía darse por satisfecho.

Aunque cansado y molido, en cuanto llegó á la posada se enteró, por costumbre, de los huéspedes que había; y al decirle que dos gitanas pasarían allí la noche presintió que fueran las prófugas y se las hizo describir minuciosamente. La mendiga de la pandereta había necesitado emplear la mentira para entrar en el aposento de Aurora y doña Cruz; él se valió del oro, que llevaba en abundancia, para aposentarse tabique por medio de ellas, y así pudo oír el relato de Flor y lo que después hablaron las tres personas.

—¿Quién será ese quídam?—se decía.—No

parece que me quiere muy bien, y tengo curiosidad de saber su nombre. Me parece haber oído su voz en otra parte; pero no caigo... No es ese belitre de Cocardasse, ni menos Passepoil, y tampoco Chaverny, y, sin embargo, es de los familiares de Lagardère. ¿Quién será?

Aún no se hallaba el vasco en la calle cuando Peyrolles bajaba á paso de lobo y preguntaba á la mesonera, poniéndole previamente un doblón en la mano:

—¿Quién es ese hombre que acaba de salir de aquí?

—No lo sé, señor.

Decía verdad, con gran pesar, y sospechando que Peyrolles era un celoso de quien podría sacar pingüe ganancia. ¿Para qué se tiene posada, sino para cobrar como extraordinarios esos pequeños servicios? Pero Peyrolles creyó que la mujer no quería hablar si no le pagaban más caras sus noticias, y dispuesto á todo preguntó:

—¿Te ha pagado para que no digas su nombre?

—¡Ay! No—repuso dando un suspiro la hostelera castellana, que parecía lamentar mucho no comer á dos carrillos.—Vino hace una media hora para hablar á las gitanas de parte de no sé qué vecino; es todo lo que sé.

—¿Es burgalés?

—Bien podría ser, aunque por su traje más bien me parece vasco.

El mayordomo buscó en sus recuerdos; pero no obtuvo resultado alguno, pues ni á cien leguas estaba de pensar que podía ser el hermano de Jacinta.

—Voy á salir un instante—dijo.—Si viniera alguien á preguntar por Peyrolles, responderás que no sabes quién es. Nadie ha de saber que estoy en Burgos, y menos las gitanas.

Esta recomendación le costó otro duro más; pero cuando se trataba de su seguridad personal gastaba sin reparo: los bribones aman su pellejo con particular cariño.

Se deslizó por las oscuras calles, y se metió en una taberna adonde ya otras veces había ido á comprar conciencias de bandidos. No faltaban aquella noche individuos dispuestos á ganar dinero lo menos honradamente posible; así es que la llegada de un hidalgo á aquella sala húmeda y llena de humo era de lo más significativo.

Peyrolles se detuvo un instante mirando aquellos rostros de borrachos, bandidos, aventureros, vividores y mendigos. Era un buen fisonomista: con el dedo fué designando hasta cinco de aquellos bravos, y se retiró con ellos á un rincón donde les habló en voz baja durante poco rato. Los bribones se entienden pronto. Sonaron

en la mesa monedas de oro que los pícaros se embolsaron presto, y el trato terminó. Peyrolles dió una propina para que bebieran á su salud, y se volvió á la posada.

Antes de entrar en ella se aseguró bien de que no había sido seguido. Subió de puntillas á su cámara, cenó con excelente apetito, y se durmió con el sueño del justo. Era lo menos que podía hacer, pues acababa de preparar una asechanza mortal. Infatigable y activo, á la mañana siguiente hallábase en pie al despuntar el día, con gran asombro de la hostelera, que hubiera querido conservar varias semanas á un huésped de bolsillos tan bien provistos.

—Volveré dentro de dos días—dijo al montar á caballo y para engolosinar á la mujer é impedirle que charlara.—De aquí á entonces, que nadie sepa que he estado aquí.

Algunos momentos después bajaron las gitanas y pagaron su modesta cuenta. La tristeza de sus semblantes había desaparecido casi por completo. Doña Cruz hasta tataraba una petenera.

En cuanto Peyrolles se halló fuera de puertas inspeccionó el camino todo lo que la luz matinal le permitía. Él solo, en apariencia á lo menos, asistía al despertar de la Naturaleza, y como si no quisiera turbar con su presencia el grandio-

so espectáculo, fué á ocultarse en un bosquecillo á un lado de la carretera.

Muy en breve las campanas de las iglesias de Burgos tocaron al alba; el Sol descubrió por oriente su enorme disco de oro inundando de luz los campos, y las aves comenzaron á cantar. Peyrolles no separaba la vista de la puerta de Vizcaya: vió salir por entre ellas un caballero que llevaba dos mulas de la brida, ensilladas y empenachadas y se detuvo á cincuenta pasos de donde acechaba el mayordomo.

—Anoche—se decía examinando sus facciones—me pareció conocer su voz; hoy creo conocer ese semblante. ¿Qué diablos hacía ese hombre cuando yo le he encontrado, y qué manejos traerá entre manos?

Antonio Laho iba á demostrarle que lo que mejor manejaba era la navaja. Con efecto; vió surgir en torno suyo cinco de esos mendigos que piden con la mano izquierda y hieren con la derecha al que se descuida, pero que un ojo experto distingue en seguida de los verdaderos pordioseros. Antonio deslizó en la manga su navaja abierta y aguardó tranquilamente.

—¡Una limosnita por amor de Dios!—dijo uno de ellos.

—Sigue tu camino: tienes más traza de bando que de mendigo.

—Señor—imploró el segundo,—¿quiere vuestra merced prestarme uno de esos dos animales que le sobran, para ir á San Sebastián? ¡Por caridad!

—¡Cuerda para ahorcarte te prestaré si acaso! Los otros tres se habían deslizado por detrás.

—Podríamos quitártelos—dijo uno de ellos,—porque no es justo que tengas lo superfluo mientras nosotros carecemos de lo necesario. Mis piernas están cansadas, y esta mula me llevaría á pedir de boca.

—¡Cógela!—repuso Laho impasible.

Y con la navaja picó en la grupa del animal, que soltó un tremendo par de coces, haciendo rodar á cuatro pasos al mendigo con el pecho roto. Exhaló el último suspiro inmediatamente.

—¡Eso le enseñará á no montar por detrás! ¡Es muy peligroso!—exclamó fríamente el vasco.

—En efecto—afirmó otro mendigo;—es mejor hacerlo por delante.

Y cogió la brida del caballo de Laho; pero instantáneamente dió un grito y retiró el brazo chorreando sangre, y colgando como un andrajó la muñeca y la mano derecha, casi separadas del brazo por un soberbio navajazo.

Antonio desmontó entonces, anudó las tres

riendas, y se plantó á pie firme ante los bandidos diciéndoles:

—¡Ea! ¡Ya no sois más que tres: un animal para cada uno! ¿Queréis que os los venda?

El vasco y su modo de obrar habían dejado estupefactos á los bandidos.

—¿Cuánto?—preguntó el menos tímido, admirador del resuelto mozo.

—No muy caro: cada uno de vosotros pagará un animal de éstos con su propia vida.

Los fingidos pordioseros sacaron sus navajas.

—¡Yo pago adelantado!—dijo el que había hablado el último, tirando una navajada á Antonio, que se hizo á un lado para evitar el golpe.

—¡Y yo devuelvo la moneda!—replicó el vasco, clavando su acero en el vientre del bandido, que cayó moribundo.

—¿Quién quiere más? ¡Adelante los bravos!

Desde el bosquecillo Peyrolles había visto caer á dos de los asesinos comprados; el tercero agonizaba con las tripas fuera del cuerpo, mientras los que aún quedaban en pie retrocedían. ¿Tendrían el valor de matar á su adversario ó de morir á sus manos? Se preparaba á ayudarlos, confiando en que su espada daría buena cuenta de la navaja de aquel hombre; pero al recordar la amenaza que le había oído la víspera cuando ha-

blaba con las damas, se contuvo prudentemente.

—¡Tengamos calma hasta que vengan ellas! Para apoderarnos por lo menos de mademoiselle de Nevers, que es la que me interesa, es preciso que le vean morir, y nos aprovecharemos de su estupor.

Dos gritos simultáneos le indicaron que se acercaba el momento de entrar en escena. Aurora y doña Cruz acudían á todo correr hacia Antonio, amenazado por los dos bandidos.

—¡Apresuraos—les dijo éste,—porque ved ahí que vienen dos competidores para adquirir vuestras mulas!

Peyrolles les había ofrecido una crecida suma por matar á aquel hombre, y otra no menos respetable por atar á las doncellas sujetándolas á la silla de sus mulas. Tenían que apresurarse. Se consultaron con una mirada, y se precipitaron sobre él á la vez.

Pero el vasco se lanzó furioso á su encuentro sin aguardarles, tiró su navaja como los mejicanos, y el acero fué á clavarse en el ojo de uno de ellos, que cayó fulminado: sin detener su carrera se encorvó al pasar por su lado, sacó el arma, y persiguió al quinto bandido, que huía, alcanzándole y derribándole en tierra. En seguida, poniéndole una rodilla encima y amenazando clavarle su acero, le dijo:

—Te perdono la vida si me dices quién es el cobarde que os ha mandado asesinar me.

—No sé su nombre; no le conozco.

—¿Cómo es? Habla, y dilo todo si no quieres morir.

El bandido dió las señas que le pedían.

—No puede ser más que Peyrolles—dijo doña Cruz.—¡Ese miserable no ha muerto!

Mientras que Laho estaba arrodillado sobre su último adversario y las dos doncellas escuchaban con ansiedad las declaraciones del bandido, un hombre se deslizaba como una serpiente por entre la yerba, sin que le viera otra persona que Peyrolles. El andrajoso llevaba una muñeca colgando; pero con la mano izquierda empuñaba una navaja. Cuando iba á soltar á su último adversario y á levantarse, el vasco cayó de bruces exhalando un gemido. El bandido mutilado acababa de darle un navajazo entre los hombros.

Las presuntas gitanas lanzaron una exclamación de terror y de angustia; Peyrolles, un grito de triunfo, y saliendo del bosquecillo, apareció.

—¡Perdidas!—exclamó Aurora, desplomándose en los brazos de doña Cruz.

—¡Por el contrario!—repuso zumbonamente el mayordomo de Gonzaga.—¡Encontradas! ¡Os aguardaba aquí hace más de una hora!

El mendigo soltado por el vasco se consideró

feliz con verse salvo cuando tan cerca estuvo de la muerte, y apretó á correr; el asesino de Antonio, aniquilado por el esfuerzo realizado, cayó desvanecido. Sólo quedaban en el lugar de la escena y en pie las dos mujeres y Peyrolles.

--Ved ahí vuestras mulas ensilladas y dispuestas—prosiguió el factótum del Príncipe con tono irónico.—Dignaos montar. Aquí no ha sucedido nada, bellas señoras. Sólo que habéis cambiado de guía y de destino, porque soy yo quien os conducirá.

La gitana lanzó una estridente carcajada, y sus miradas fulgurantes intimidaron por un minuto á Peyrolles.

--¡Basta de villanías y de crímenes!--exclamó.-- Si el Diablo, tu patrón, te ha protegido hasta ahora en Bayona y en Gudar; si el caballero de Lagardère no ha dado aún tu cadáver como pasto á los lobos, no creas que no llegó por eso tu hora. ¡Miserable! ¡Llegó el momento de la justicia!

No era una damita tímida, sino una leona herida que se revuelve para vengarse del golpe recibido. El mayordomo vió que para apoderarse de la duquesita de Nevers tendría que pasar sobre su cadáver, y temblaba, mientras Flor, con la cabeza erguida, los ojos fulminantes y las manitas crispadas, le amenazaba diciendo:

—¡Aurora de Nevers está bajo mi amparo, y mientras yo viva, nunca Gonzaga ni tú recobraréis á vuestra víctima!

Y con un movimiento tan rápido como le pensamiento sacó de la espalda de Antonio Laho la navaja del bandido, que clavó hasta el mango en el pecho de Peyrolles.



¿Por qué habéis matado á ese hombre?